



Capítulo 434: Anomalía

El silencio después de la palabra "anomalía" cayó como una cortina de acero.

Virgilio entrecerró los ojos.

"Uno de'...?" Su voz salió firme, cargada de aguda sospecha. "¿Eso significa que hay más anomalías por ahí?"

Seris cruzó lentamente los brazos, su rostro todavía girado hacia la proyección de la sangre de Alice, que pulsaba con esa luz mixta de maná y energía demoníaca.

"Sí", respondió ella. "Los hay... y siempre los ha habido."

Pandora levantó una ceja. "¿De verdad vas a contar la historia ahora? Pensé que teníamos prisa."

Seris ignoró el comentario y movió una de sus manos en el aire. La proyección de sangre se rompió en partículas doradas y rojas, que se juntaron para formar la imagen de un árbol gigantesco. Parecía hecho de cristal y luz, con raíces sumergidas en océanos de niebla y ramas que cruzaban capas de estrellas.

"Empecemos por los Árboles del Mundo", dijo Seris, con voz casi reverente.

Virgilio frunció el ceño.

"Nunca he oído hablar de ellos."



"No esperaba que lo hicieras", respondió ella. "Su existencia no se enseña. Tampoco está registrado. Porque son demasiado antiguos. Primordial. Seres vivos... pero también estructuras mágicas. Están conectados al núcleo del mundo, como raíces que sostienen todo —realidad, tiempo, flujo de energía. Y son ellos los que nutren la esencia de todo lo que vive."

El árbol giró, revelando un sistema de ramas que se conectaban a formas vagamente reconocibles —continentes, reinos mágicos, planos espirituales.

"Hay pocos de ellos. Y se están muriendo. Algunos... ya han muerto."

Pandora se aclaró la garganta. "Cuando una de estas cosas muere, suelen ocurrir ciertos eventos, como... extinciones masivas, rupturas dimensionales, dioses que se vuelven locos... lo habitual."

Alicia miró encantada la imagen flotante del árbol, como si ella misma pudiera oír sus susurros.

Virgilio finalmente habló, más seriamente:

"Dijiste que hay otras anomalías. ¿Quiénes son?"

Seris volvió a mover los dedos y la imagen del árbol se dispersó, dando paso a una constelación de figuras.

Dioses.

Iconos antiguos, algunos sólo figuras en llamas o siluetas hechas de relámpagos y niebla.



Odín nació dios, pero su espíritu y su hambre de magia y conocimiento lo llevaron a alcanzar el conocimiento total. Absorbió una cantidad tan enorme de magia que se convirtió en una bomba de tiempo de magia."

Apareció la imagen de Odín: un anciano con una túnica gris y un ojo brillando como una galaxia entera.

"Kali, diosa de la destrucción cíclica. Ella no es una verdadera diosa. Nació como espíritu de batalla en un campo maldito y absorbió los pecados de todo un continente. Hoy en día, es venerada como una diosa... pero su cuerpo aún lleva las marcas de la humanidad perdida."

Las imágenes continuaron.



"Amaterasu—nacido de una chispa solar lanzada a la Tierra cuando el mundo aún se estaba formando. Su cuerpo es pura luz. Ella no debería tener forma física. Pero ella existe. Y ella camina entre mortales."

"Izanami murió... pero ella siguió viva. Indra nació de la furia de mil rayos durante un eclipse. Wukong, el Rey Mono, nació de la voluntad de una montaña de resistir la erosión del tiempo."

"¿Y los Dragones Celestiales?" -preguntó Virgilio.

"Criaturas creadas incluso antes que brujas o ángeles. Un intento del mundo de equilibrar el cielo y la tierra. Algunos las llaman deidades. Otros las llaman armas vivientes. Se niegan a morir."

"¿Y el Padre Celestial?"



Seris hizo una pausa. Incluso Pandora se quedó en silencio.

"Él es... un misterio. Ni siquiera los Árboles del Mundo saben de dónde viene. Sólo sabemos que él existe. Y que él no pertenece a este mundo."

Vergil se tomó un momento para absorberlo todo. Fue mucho. Mucho más allá de todo lo que jamás había enfrentado, leído u oído, incluso en los rincones más oscuros del infierno.

Y luego—Seris cambió su tono.

"Pero entre todas las anomalías..." Ella se volvió hacia él. "Hay uno... que conoces bien."

Apareció una nueva imagen.



Ella era imponente. Belleza fría y etérea. Cuernos de cristal curvados hacia atrás. Alas hechas de velo negro y humo morado. Sus ojos —azules como los de Virgilio— pero más viejos, más profundos. Cabello cristalino hasta el suelo.

"Hija de Lilith, Sephirothy Lucifer." El nombre resonó en la habitación como un trueno apagado.

"Tu madre. El primero en llevar la Sangre de los Demonios. Una entidad que no debería haber nacido — porque está hecha de opuestos absolutos. Ángel y demonio. Caos y orden. Amor... y aniquilación."



"Ya lo imaginé... por eso puedo ser Neffelim... Tú eres... Tú no eres la hija de Lucifer... eres la hija del Ángel Samael." Vergil pensó, al ver la imagen de su madre... "Tus secretos siguen haciéndome sentir aún más curiosidad."

El silencio que siguió a la visión de Sepphirothy fue casi sagrado.

Incluso Pandora, que rara vez permanecía en silencio, parecía medir sus palabras —como si algo dicho en ese momento pudiera romper algo sagrado. Morgana dio un paso atrás, con la mirada baja. Quizás por respeto... o por miedo.

Virgilio, todavía mirando fijamente la imagen nítida de su madre, habló en voz baja:

"Todo esto es grandioso, incluso incomprendible. Pero..." Lentamente volvió su rostro hacia Seris, "... ¿a qué conclusión has llegado sobre Alice?"



Las imágenes se disolvieron como polvo de estrellas y Seris se volvió hacia la niña, que ahora se estiraba un poco, bostezando, todavía envuelta por las runas luminosas que examinaban su cuerpo como si cantara una canción antigua.

Seris se inclinó y llegó hasta la altura de sus ojos.

"Alice," dijo suavemente, "¿recuerdas algo... de antes? ¿Antes de que papá Virgilio te salvara?"

Alice frunció el ceño, claramente luchando. Sus ojos vagaban por el espacio, tratando de captar recuerdos sueltos, pedazos de memoria esparcidos como fragmentos.



"No..." dijo ella, finalmente. "Cuando me di cuenta ya tenía miedo. Hubo fuego... y gritos. Y... patadas."

Ella juntó sus pequeñas manos.

"Demonios. Recuerdo las patadas. Ellos se rieron."

Pandora miró hacia otro lado y se mordió el labio inferior. Incluso ella sintió el peso de ello.

Seris se levantó, sin apartar los ojos de Alice, y miró a Vergil.

"Entonces... ¿por qué la salvaste?"

La pregunta flotaba en el aire como una flecha disparada.

Vergil permaneció en silencio por un momento, mirando a su hija— y por primera vez desde que entraron en ese laboratorio, sus ojos parecían menos fríos, menos calculadores.

"Porque..." empezó y luego dudó. "Porque escuché una voz."

Seris levantó ligeramente una ceja. Morgana enderezó su cuerpo.

"¿Qué tipo de voz?" ella preguntó.

Virgilio cerró los ojos por un momento.



"Era... suave. Triste. Casi un susurro. Pero antiguo. Una voz que no me llamó... me rogó."

Miró a Seris con seriedad.

"No sé de dónde vino. O qué decía exactamente. Simplemente lo sentí. Que si no la salvaba... se perdería algo importante. Algo... que el mundo ni siquiera sabe que necesita todavía."

El silencio regresó—pero ahora era diferente.

Seris cruzó los brazos, mirando de Virgilio a Alicia como si estuviera reorganizando todos los archivos secretos de su mente.

"Pensé que algo así había pasado..." dijo Seris, pensativamente, con los ojos todavía fijos en Alice. "Una intervención... algo por encima de las reglas. Algo que ni siquiera los árboles previeron."

Fue entonces cuando Pandora se estiró contra la pared, cruzando los brazos detrás de la cabeza, con la voz cargada de desdén — pero con un matiz de convicción.

"Para mí es obvio." Ella se encogió de hombros. "Esta pequeña niña fue bendecida por algún Dios Primordial. Es típico de las almas reencarnadas."

El silencio que cayó fue diferente a los anteriores.

Virgilio giró lentamente su rostro hacia ella. Los ojos de Morgana se abrieron. Seris... se congeló.



"¿Qué quieres decir?" Vergil preguntó, cada sílaba cargada de sospecha.
"Reencarnado?"

Pandora parpadeó, como si fuera demasiado obvio.

"¿Qué, no lo sabías? Es imposible para ella no reencarnarse. Ella tiene una dimensión en su alma, por el amor de Dios. ¿No viste eso?"

Seris frunció el ceño lentamente.

"Sí, sé que tiene un alma fuerte, pero ¿reencarnada?" Se volvió hacia los paneles del laboratorio y sus dedos comenzaron a escribir frenéticamente, formándose nuevas runas en la proyección alrededor de Alice.

Pandora asintió, como si estuviera explicando algo a un grupo de niños lertos.

"Sí. Es algo que sólo los dioses primordiales o las entidades por encima de la línea de tiempo pueden lograr. Su alma no sólo es fuerte—contiene algo. Un espacio interior, como una semilla que transporta otro mundo."

Morgana dio un paso adelante, incapaz de contener su sorpresa.

"¿Estás diciendo que... su alma es un receptáculo?"

"Más que eso," Pandora corrigió. "Es un ancla. Probablemente haya vivido antes. Quizás cientos de veces. Quizás más. El tipo de cosas que dejan huellas... impresiones que ni siquiera la muerte puede borrar."

Virgilio miró fijamente a su hija, con los ojos fijos en ella como si la vieran por primera vez.



Alicia todavía miraba con curiosidad a todos, como si no entendiera el peso de lo que se decía.

"¿Puedes ver eso?" le preguntó a Pandora.

"Por supuesto que puedo. Fue lo primero que noté. Estabas demasiado ocupado con la sangre, con los niveles de maná, pero... su alma brilla como una constelación plegada sobre sí misma. Eso no es común." Ella se encogió de hombros.

